

## EL ENSUEÑO

(LE REVE)

---

### I

Fué tan duro el invierno de 1860, que en las llanuras de la Normandía Baja cayeron grandes nevadas y se heló el Oise. Hubo, en particular, un nevasco Noroeste el día de Navidad, que casi enterró á la ciudad de Beaumont. Empezó á nevar por la mañana, arreció la nevada por la tarde, y por la noche la nieve siguió amontonándose en las calles. En la de los Plateros, que está en la parte alta de la población, y en la que parece empotrarse la fachada Norte de la catedral, la del Crucero, la nieve, impelida por el viento, se precipitaba en grandes remolinos sobre la puerta de Santa Inés, antigua puerta de estilo románico con tendencia al gótico, adornada con muchas esculturas, bajo el frontón desnudo. De madrugada había allí cerca de una vara de nieve.

Aletargada por el cansacio de la fiesta del día anterior, la calle dormía todavía al dar las seis. En las tinieblas, que tomaban un tinte azuládo por la caída lenta y persistente de los copos de nieve, no se agitaba más forma viva que una chiquilla de nueve años que, amparada por la puerta y arrebujándose lo mejor que supo, había pasado la noche allí, aterida de frío. Vestía un delgado vestido de lana, lleno de agujeros, cubría su cabeza un andrajo que

había sido pañuelo, y grandes zapatos de hombre mal tapaban sus pies desnudos.

Había parado allí, indudablemente, después de haber andado por toda la ciudad, porque el cansancio la hizo caer en tierra apenas llegó á la puerta.

El fin del mundo, el abandono de todos: hambre que roe, frío que mata, ausencia total de cosas y de hombres: esto era aquella puerta para aquel mísero ser; la debilidad y el peso abrumador de su corazón, movíanla á cesar de luchar, y cuando una ráfaga levantaba un torbellino de nieve no sentía ánimo para otra cosa que para el retroceso físico, el instinto de cambiar de sitio, de incrustarse en las viejas piedras de la iglesia.

Deslizábanse las horas. Primero estuvo largo rato entre las dos hojas de la puerta de los dos arcos gemelos, pegada al pilar central que sostiene una estatua de Santa Inés, la mártir de trece años, niña, como ella, con la palma en la mano y un cordero en los pies. En el tímpano, encima del dintel, se desarrollaba la leyenda toda de la niña virgen, la prometida de Jesús, en alto relieve lleno de fé ingenua; sus cabellos, que crecieron y la sirvieron de vestido cuando el gobernador, á cuyo hijo había despreciado, la envió desnuda á una casa de mal vivir, y las llamas de la hoguera, que apartáronse de su cuerpo y quemaron á los verdugos en cuanto éstos encendieron la pira; y los milagros de sus huesos: Constancia, la hija del Emperador, curada de lepra; y los milagros de una de sus imágenes pintadas: el sacerdote Paulino, atormentado por el deseo de tomar mujer y ofreciendo, por consejo del Papa, su anillo con una esmeralda á la imagen, que tendió el dedo y luego lo encogió, conservando la joya que todavía se ve, lo cual salvó á Paulino. Y en la cúspide del tímpano, entre nubes de gloria, Inés, recibida por fin en el cielo, donde su prometido Jesús se casa con ella, tan pequeña y jovencita, y le da el beso de las delicias eternas.

Pero cuando el viento entró de lleno en la calle, y

los copos azotaron de frente, y los blancos montones de nieve pareció que iban á llenar el dintel de la puerta, la muchacha buscó refugio en los lados, junto á las vírgenes colocadas encima del pedestal de la conjunción de los arcos: las amigas de Inés, las Santas que forman su acompañamiento; á la derecha, tres: Santa Dorothea, alimentada en la cárcel con pan milagroso; Santa Bárbara, que vivió en una torre, y Santa Genoveva, cuya virginidad salvó á París; y otras tres á la izquierda: Santa Agueda, con los pechos arrancados de cuajo; Santa Cristina, atormentada por su mismo padre, y Santa Cecilia, á quien amó un ángel; y encima de ellas otras vírgenes, tres filas de doncellas que suben con los arcos hasta las claves, adornan las tres bóvedas en un florecimiento de carnes triunfales y castas; abajo, martirizadas, destrozadas por los tormentos; arriba, acogidas por coros de querubines, maravilladas y arrobadas en medio de toda la corte celestial.

Pero no le bastaba ampararse en los intercolumnios, y ya hacía un buen rato que nada la resguardaba, cuando dieron las ocho y empezó á hacerse de día. Si no hubiese apartado la nieve, esta hubiera llegado hasta sus hombros. La antigua puerta, detrás de ella, estaba como tapizada y cuajada de armiño, blanca como un altar de procesión; en cambio la fachada gris estaba desnuda y lisa hasta el punto de que ni un copo había cuajado en ella. Donde había más nieve era sobre las Santas, que aparecían vestidas con ella desde sus pies blancos hasta sus cabellos blancos, deslumbrantes de candor. Mas arriba, las escenas del tímpano, las Santas de los arcos destacábanse en vivas aristas, dibujadas con un rayo de claridad sobre el fondo oscuro, hasta el rapto final, la boda de Santa Inés, que parecía que celebraban los ángeles con una lluvia de blancas rosas. Encima del pilar, con su paloma blanca y su cordero blanco, la estatua de la virgen niña tenía la blanca pureza, el cuerpo de imaculada nieve, en medio de la tiesura inmó-

vil del frío, que alrededor de ella helaba el místico vuelo de la virginidad triunfante. Y á sus pies, la otra, la infeliz niña, también blanca de nieve, blanca y rígida hasta parecer que se había petrificado, apenas si se distinguía de las grandes virgenes de piedra.

A todo esto, un postigo que á lo largo de las fachadas dormidas se abrió, produciendo leve chasquido, la hizo levantar los ojos: era á la derecha del primer piso de la casa adosada á la Catedral: una mujer muy hermosa, de color moreno pronunciado, de cuarenta años poco más ó menos, y en las facciones la serena corrección del mármol, se asomó, y á pesar de la helada terrible, al ver moverse á la niña, dejó fuera su brazo desnudo durante un minuto. Asombro compasivo se dibujó en su reposado semblante, y luego un estremecimiento de frío la hizo cerrar la ventana, llevándose la visión rápida de una muehacha rubia, con el pañuelo hecho jirones, ojos de color de violeta, la cara larga, el cuello también prolongado, con la elegancia de un lirio que surgiese entre los hombros.... pero transida de frío, las manecitas y los piecitos casi inmóviles, y no dando más señal de vida que el vapor de su ligero aliento.

La niña magninalmente conservó la vista fija en la casa, estrecha, de un piso y viejísima, construída á fines del siglo XV, empotrada en la misma catedral entre dos contrafuertes, como una verruga que hubiese brotado entre dos dedos del pie de un coloso. Así apoyada, se había conservado admirablemente con el basamento de piedra, piso de tablas de madera, adornadas con ladrillos figurados, alero cuya armadura se adelantaba lo menos un metro sobre el frontón, la torrecilla saliente para la escalera en el ángulo izquierdo, y la estrecha ventana que conservaba todavía la vidriera con plomos, de la época.

Como el tiempo había exigido reparaciones, el tejado parecía datar de Luis XIV, y se reconocían perfectamente las obras hechas en aquella época: la guardilla abier-

ta en la acrotera de la torrecilla, los bastidores de listones sustituyendo á las vidrieras primitivas, los tres vanos pegados del primer piso reducidos á dos, el del medio tapiado con ladrillos, lo que daba á la fachada algo de la simetría de los demás edificios de la calle, más recientes. En el piso bajo las modificaciones eran también muy perceptibles: primero una puerta de encina labrada, en lugar de la puerta vieja de hierro, bajo la escalera, y luego la gran arcada central tapiada por abajo, por los lados y por la punta, de manera que no dejaba más que una abertura cuadrada, como una ventana ancha, en lugar del vano ojival que antes daba á la calle.

Sin conciencia de sí misma, la niña miró aquella morada venerable de maestro artesano, conservada pulcramente á través de los siglos, y leyó un letrero amarillo, clavado á la izquierda de la puerta, con la inscripción: *Hubert, casullero*, en letras viejas y negras. Pero otra vez el golpear de un postigo que se abría, llamó su atención. Ahora era el postigo de la ventana cuadrada del piso bajo, por la cual, á su vez, se asomó un hombre, de cara trabajada, nariz aguileña, frente saliente, coronada por cabellos espesos y ya blancos, á pesar de sus cuarenta y cinco años escasos, el cual también se paró un momento examinando á la pobre niña, contrayendo tristemente sus labios grandes y compasivos: luego le vió de pie, tras de los vidrios verdosos, volverse, hacer un gesto, y aparecer su mujer, muy hermosa. Los dos juntos, sin moverse, no cesaban de mirarla con profunda trizeza.

Hacia cuatrocientos años que la raza de los Hubert, bordadores de padres á hijos, habitaba aquella casa, que un maestro casullero había hecho construir en tiempo de Luis XI, que otro había hecho reparar en el reinado de Luis XIV, y en la que el actual Hubert bordaba casullas, como todos sus ascendientes las habían bordado. A los veinte años se había enamorado

de una joven de dieciseis, Hubertina, y con tal pasión, que ante la negativa de la madre de ésta, viuda de un magistrado, la robó y se casó con ella, mujer maravillosamente hermosa. Fué su única novela, su única alegría, y también su única desdicha. Cuando á los ocho meses, y estando en cinta, fué al lecho de muerte de su madre, esta la desheredó y la maldijo, y el niño, que nació, el mismo día, murió: y después de muerta y enterrada, la terca señora no perdonó. El matrimonio no tuvo más hijos, á pesar de su ardiente deseo, y á los veinticuatro años de esta desgracia todavía lloraban lo que habían perdido, convencidos de que la muerta no les perdonaría nunca.

Asustada ante sus miradas, la chiquilla se había cobijado junto al pilar de Santa Inés, asustada también por el ruido de la calle que despertaba. Ya se abrían las tiendas y empezaba á verse gente.

Aquella calle de los Plateros, cuyo extremo daba á la fachada lateral de la iglesia, sería un verdadero callejón sin salida, tapado del lado del ábside por la casa de los Hubert, si la calle del Sol, como un estrecho corredor, no la abriese por el otro lado, dando vuelta á la Catedral hasta la fachada grande, que da á la plaza del Claustro.

Pasaron dos beatas, que echaron una mirada de sorpresa sobre aquella mendiguilla, nueva en Beaumont. Seguía nevando lenta y obstinadamente, y parecía como que el frío, con el día blanquecino, aumentaba: no se oía más que un lejano ruido de voces en el sordo espesor del gran sudario blanco que cubría la ciudad toda.

Avergonzada, asustada de su abandono, como si fuera un crimen, la niña retrocedió más y más, cuando de pronto vió ante sí á Hubertina, que no tenía criada y había salido ella misma por pan.

—Niña, ¿qué haces ahí? ¿Quién eres?

La niña no respondió, antes bien bajó la cabeza, pero sin darse cuenta de sí misma, como si su corazón,

transformado en pedazo de hielo, hubiese cesado de latir. Cuando la buena señora volvió la espalda, con un gesto de compasión discreta, la niña, falta de fuerzas, cayó sobre sus rodillas, resbaló como un pingajo sobre la nieve, cuyos copos silenciosamente empezaron á cubrirla. La buena mujer, que volvía con el pan caliente, viéndola así por tierra, se acercó de nuevo:

—¡Anda, pequeña! No estés junto á esta puerta...

Entonces Hubert, que también había salido y estaba de pie en el dintel de la casa, la desembarazó del pan, diciéndola:

—Tómala y tráela.

No dijo nada Hubertina: bajose y cogió con sus robustos brazos á la criatura, que ya no retrocedió, y se dejó llevar, como si fuera un fardo, con los dientes apretados, los ojos cerrados, muy fría, leve su peso cual pajarito caído del nido.

Entraron: Hubert cerró la puerta, y Hubertina, con su carga, atravesó el cuarto que daba á la calle, que servía de salón, y en el cual había algunos paños bordados de muestra ante el ventanal cuadrado, y entró en la cocina, la antigua sala común, que se conservaba casi intacta con las vigas del techo visibles, su embaldosado recompuesto aquí y allí, y su gran chimenea con campana de piedra. En sus tablas estaban los utensilios de cocina, las cazuelas, las ollas, los lebrillos, todo con dos ó tres siglos de fecha, y porcelana vieja, y viejos cazos y espumaderas; pero ocupando el hogar de la chimenea había un horno moderno, ancho, de hierro fundido, con los adornos de cobre, muy relucientes. Estaba rojo, y hervía el agua en el escalfador: á un lado había un cazo lleno de café con leche, conservando el calor.

—¡Demontre! dijo Hubert, dejando el pan sobre una mesa Luis XIII que ocupaba todo el centro de la habitación: se está mejor aquí que fuera. Pon á esa pobre muchacha cerca del horno para que se deshiele.

Hubertina había ya dejado á la muchacha, y los dos miraron cómo volvía en sí: la nieve de su traje se fundía y caía en gotas pesadas: por los agujeros de sus zapatos de hombre se veían los piecitos amoratados, y la tenue tela de lana de su falda dibujaba la rigidez de sus miembros y de su lastimado cuerpo, lleno de dolores y miseria.

Primero se estremeció, abrió los ojos extraviados, con el *sobresalto* de un animal que despierta y, sorprendido, se encuentra preso en un lazo. La cara parecía que se hundía dentro del tapabocas atado á la barba. Creyeronla inútil del brazo derecho: ¡tanto lo apretaba inmóvil contra su pecho!

—Tranquilízate: no te haremos daño; ¿de dónde vienes?

¿Quién eres?

A medida que le hablaban se asustaba más, volviendo la cabeza, como si hubiese alguien detrás que quisiera pegarla. De una ojeada furtiva examinó la cocina, y las losas, y las vigas y los utensilios relucientes: su mirada, por las dos ventanas irregulares dejadas en el antiguo vaño, salió fuera, escudriñó el jardín hasta los árboles del Palacio episcopal, cuyas blancas siluetas aparecían sobre la pared del fondo, y pareció asombrarse de tropezar allí, á la izquierda, encima de los árboles, con las ventanas romanas de las capillas del ábside de la Catedral. El calor del horno, que empezaba á penetrarla, la produjo un nuevo estremecimiento, y volvió á mirar al suelo, sin menearse.

—¿Eres de Beaumont? ¿Quién es tu padre?

Ante su silencio, Hubert pensó que quizá la pena y el frío no la dejaban hablar.

—En vez de hacerla preguntas, dijo, valdrá más que le demos una buena taza de café con leche, muy caliente.

La observación era tan atinada, que Hubertina le dió en seguida su misma taza, y mientras cortaba dos grandes rajás de pan, la criatura, desconfiada, se echó atrás;

pero el tormento del hambre la venció: comió y bebió con avidez.

Para no estorbarla, los dos esposos se callaron, conmovidos, viendo sus manecitas temblar y no atinar con la boca; no sirviéndose más que de la izquierda, y apretando con obstinación la derecha á su cuerpo: al terminar estuvo á punto de romper la taza, que recogió con torpeza, como si fuera manca.

—¿Te has herido en el brazo? le preguntó Hubertina. Enséñamelo, hermosa; no tengas miedo.

Pero, al tocarla, la criatura se leyantó con ira, luchó, y en la lucha separó el brazo: cayó un cuaderno que estaba escondido y pegado á su misma piel, y que resbaló por una rotura del justillo. Trató de cogerlo, y viendo que aquellos dos desconocidos lo habrían y lo leían, se retorció de cólera las manos.

Era una libreta de alumna de la Administración de Expósitos del departamento del Sena. En la primera página, debajo de un medallón de San Vicente de Paul, había las fórmulas impresas: *Apellido del alumno*; y un solo rasgo de tinta llenaba el hueco.—*Nombres*: Angélica Maria.—*Fechas*: Nacida el 22 de Enero de 1851, y admitida el 23 del mismo mes con el número 1,634 de matrícula. Es decir, padre y madre desconocidos, y ningún papel, ni aun el extracto de la fe de bautismo; nada más que el cuaderno, con su cubierta de tela, de color rosa pálido, todo él lleno de frialdad administrativa. Nadie en el mundo; nada más que un registro: el abandono numerado y clasificado.

—¡Ah! ¡Es una expósita! exclamó Hubertina.

Angélica entonces rompió á hablar en una crisis de loco arrebatado.

—¡Yo valgo más que los otros: sí; soy mejor, mejor y mejor! ¡Nunca he robado á los demás, y ellos me lo roban todo! ¡Dadme lo que me habéis quitado!

Y era tal el orgullo impotente y la pasión deser más fuerte que erguía aquel cuerpo de mujercita, que los Hu-

bert quedaron sorprendidos. No reconocían á la niña rubia de antes, de ojos color de violeta, y el largo cuello, gracioso como un lirio. Los ojos habíanse tornado negros; la cara, llena de maldad; el cuello, sensual, se había hinchado con la ola de sangre. Ahora que se sentía caliente, se erguía y silbaba como la culebra recogida en la nieve.

—¿Tan mala eres? le preguntó con dulzura el bordador. Si queremos saber quién eres, es para tu bien.

Y por encima de los hombros de su mujer, que ojeaba el libro, lo leyó. En la página 2, el nombre de la nodriza:

«La niña Angélica ha sido confiada el 25 de Enero de 1851 á la nodriza Francisca, mujer del señor Hamelín, de profesión labrador, habitante en el pueblo de Soulanges, distrito de Nevers, la cual ha recibido á la salida el primer mes de nodriza y la canastilla.»

Venía después un certificado del bautismo, firmado por el capellán de la casa de Expósitos, y luego certificados de los médicos, á la salida y á la vuelta de la niña. El pago de la nodriza, por trimestres, llenaba las columnas de cuatro páginas, con la firma y sello del administrador de Rentas.

—¿Cómo! ¡Nevers! ¿Te has criado cerca de Nevers? preguntó Hubertina.

Angélica, roja de cólera por no poder impedir la lectura, había vuelto á su silencio fosco. Pero la cólera la hizo romper á hablar, y habló de su nodriza:

—¡Ah! Mamá Nini os pegaría, porque ella me defendía siempre, aunque á veces me sacudiese. No; no era yo tan desgraciada allá abajo con los animales....

Su voz se ahogaba en su garganta, pero prosiguió con frases entrecortadas, incoherentes, hablando de los prados *adonde* llevaba á la *Roja* y de la carretera en que jugaba y las tortas que cocía, y de un perro grande que la había mordido.

Hubert la interrumpió, leyendo en alta voz:

«En caso de enfermedad grave, ó malos tratamientos,

el subinspector queda autorizado para cambiar á la niña de nodriza.»

Debajo decía que la niña Angélica Maria había sido confiada el 20 de Junio de 1860 á Teresa, mujer de Luis Franchomme, ambos floristas y residentes en París.

—Vamos, ya entiendo, dijo Hubertina. Caerías enferma, y te llevaron á París.

Pero tampoco era esto, y los Hubert no conocieron toda la historia hasta que palabra por palabra se la sacaron á Angélica.

Luis Franchomme, que era primo de mamá Nini, había tenido que ir al pueblo á pasar un mes, convaleciente de una fiebre; y entonces su mujer Teresa, que sintió viva ternura por la criatura, había obtenido que la dejaran llevársela á París, comprometiéndose á enseñarla el oficio de florista; pero á los tres meses su marido murió y ella cayó también enferma, viéndose obligada á retirarse en casa de su hermano el curtidor Rabiér, establecido en Beaumont, donde murió en los primeros días de Diciembre, dejando á su cuñada la niña, que desde aquel día, sufriendo golpes, injurias y palos, pasó el mayor de los martirios.

—¡Los Rabiér! murmuró Hubert: ¡los Rabiér! si, si, curtidores á orillas del Ligneul, en la ciudad baja.

—Me llamaban hija del arroyo, prosiguió Angélica airada, rabiosa, con la fuerza del orgullo que le ahogaba. Decían que merecía ser arrojada á la calle, y cuando me habían molido á golpes, la mujer me tiraba al suelo migajas de pan con agua, como al gato. Esto sin contar con que muchas veces me metían en cama sin comer. ¡Hubiera acabado por matarme yo misma!

Hizo un ademán de furiosa desesperación.

—Lá mañana de Navidad, ayer, bebieron, y luego se echaron encima de mí, amenazandome, en broma, con arrancarme los ojos con los dedos. Luego la cosa no anduvo bien, porque acabaron por pegarse fuertes puñetazos, quedando los dos tendidos en el suelo: creí que se

habían muerto. Hacía mucho tiempo que pensaba huir, pero quería mi libro. Mamá Niní me lo enseñaba á veces diciéndome:—¿Ves tú? esto es todo lo que posees, porque si no tuvieses esto, no tendrías nada. Yo sabía donde lo escondían desde la muerte de mamá Teresa: en el cajón más alto de la cómoda. Entonces he pasado por encima de ellos, he cogido el libro, he corrido, apretándole con el brazo en el cuerpo. Era muy grande y me parecía que todo el mundo lo veía, y que me lo iban á robar. Y he corrido, he corrido.... Cuando ha sido negra noche, he tenido mucho frío junto á esa puerta, tanto frío, que parecía que ya no vivía. Pero no importa, no lo he dejado, y éste es!

Y con un salto rápido, á tiempo que los Hubert lo cerraban para devolverse, se lo arrancó de las manos: luego se sentó, se inclinó sobre la mesa, con el libro entre los brazos, y se puso á sollozar con la mejilla puesta sobre la cubierta de tela rosada. Una espantosa humildad abatía su orgullo, su ser parecía fundirse en la amargura de aquellas pocas páginas con las márgenes gastadas, aquella pobre cosa que era su tesoro, el lazo único que la unía á la vida del mundo. No podía aliviar á su corazón de una desesperación tamaña, y sus lágrimas brotaban sin fin; y en aquel gran anonadamiento de todo su ser, reaparecía su bonita cara de muchacha rubia, un poco larga, muy pura de líneas, con los ojos de violeta que la ternura tornaba en pálidos, con el dibujo delicado del cuello que la asemejaba á una virgencita de vidriera de Iglesia. De pronto, cogió la mano de Hubertina, pegó en ella los labios sedientos de caricias, y la beso con pasión.

Los Hubert sintiéndose con el alma trastornada, balbucientos y á punto de llorar.

—¡Pobre, pobre niña!

¿De modo que no era mala del todo? Quizás todavía podría corregirse aquella violencia que les habían asustado.

—¡Oh! os lo pido. No me lleveis á la casa de los otros, balbuceó la niña. No, no me lleveis.

Mujer y marido se miraron.

Presisamente, desde el otoño andaban pensando en tomar una aprendiz para trabajar con ellos, una muchacha que alegrara su morada entristecida de esposos estériles, y la cosa se decidió en el acto.

—¿Quieres? preguntó Hubert.

Hubertina contestó sin prisa, con su voz tranquila:

—Me parece bien.

Desde luego empezaron á ocuparse de las formalidades. El bordador se fué á contar el caso al juez de paz del distrito del Norte de Beaumont, Sr. Grandsire, pariente de su mujer, y el único al cual ella seguía visitando, el cual se encargó de todo; escribió á la Asistencia pública, donde Angélica fué fácilmente reconocida, gracias al número de matrícula, y logró que se quedase de aprendiz en casa de los Hubert, que tenían fama de muy honrados.

El subinspector del distrito, yendo á poner en orden el cuaderno, firmó el contrato con el nuevo amo, en virtud del cual éste se obligaba á tratar bien á la niña, tenerla limpia, hacerla asistir á la iglesia y á la escuela y darla una cama para ella sola. Por su parte, la Administración se comprometía á pagarle las indemnizaciones correspondientes y á entregarla un vestido, según el reglamento.

En diez días se arregló todo: Angélica ya dormía en el piso alto, junto al granero, en la buardilla que daba al jardín, y había tomado las primeras lecciones de bordadora. El domingo por la mañana, antes de llevarla á misa, Hubertina abrió delante de ella el arca antigua del taller, donde se guardaba el oro fino. Tenía en la mano el cuaderno, que metió dentro, en el fondo de un cajón, diciendo:

—Mira bien donde lo pongo. No quiero esconderlo,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1825 MONTERREY, MEXICO

para que puedas tomarlo cuando quieras. Valdrá más que lo veas y lo recuerdes.

Aquella mañana, al entrar en la iglesia Angélica, se halló de nuevo bajo la puerta de Santa Inés.

Se había producido un comienzo de deshielo durante la semana; pero el frío volvió á apretar, y con tanta fuerza, que la nieve de las esculturas, fundida á medias, se había petrificado en un florecimiento de racimos y de agujas.

Ahora todo era hielo: los vestidos transparentes y los encajes de vidrio que cubrían á las Santas. Santa Dorothea tenía una antorcha, que parecía que se la liquidaba entre las manos. Santa Cecilia llevaba una corona de plata, de la cual brotaban perlas vivas. Santa Agueda, con su pecho mordido por las tenazas, ostentaba una coraza de cristal. Y las escenas del tímpano, las virgen-citas de los arcos, parecía que estaban, siglos hacía, detrás de los cristales de una gigantesca urna. Santa Inés arrastraba un traje de cola, hilado de luz, bordado de estrellas: su cordero tenía la piel de diamantes; la palma habíase tornado de color de cielo. La puerta toda resplandecía en la pureza de aquel intenso frío.

Angélica recordó la noche que había pasado allí, al amparo de las virgenes. Alzó la cabeza y las envió una sonrisa.



## II

Forman la ciudad de Beaumont dos ciudades totalmente distintas y separadas: Beaumont de la Iglesia, en la parte alta, con su antigua catedral del siglo XII, su Palacio episcopal del XVII y sus mil almas escasamente, amontonadas, ahogadas en sus callejuelas; y Beaumont de la Ciudad, al pie del collado, á orillas del Ligneul, un antiguo arrabal enriquecido y engrandecido, gracias á la prosperidad de sus fábricas de batistas y encajes, hasta tener cerca de diez mil habitantes, con plazas espaciosas y un bonito palacio, de gusto moderno, para la subprefectura.

Así es que los dos distritos, el del Norte y el Sur, apenas si tienen entre sí más relaciones que las administrativas. A treinta leguas de París—dos horas de ferrocarril—Beaumont de la Iglesia parece todavía encerrado en sus antiguas tapias, de las cuales, sin embargo, no se conservan más que las tres puertas; en ella vive una población especial, estacionada, con la misma vida que de quinientos años á esta parte todos llevan, de padres á hijos.

La Catedral lo explica todo: todo lo ha creado y lo conserva todo: es la madre y la reina, y junto á su enormidad, entre el montón de las casas bajas, la ciudad parece una pollada que, transida de frío, se abriga cabe sus alas de piedra. Se vive por ella y también para ella; no trabajan las industrias ni venden las tiendas para otra cosa que para alimentarla, vestirla y mantenerla, á ella y su clero; y si hay algunos que viven de sus